

pañeros y hallólos casi á todos platicando sobre un tema palpitante aquellos días: hablaban de Nietzsche y de su inmoralismo. No era la primera vez que allí salió á discusión el tema apasionado del filósofo de remate, según nombre puesto por Elorrieta. Aliaga, aunque siempre dedicó algunas horas á la lectura, nunca penetró en lo que creía espesa maraña filosófica, y, sin embargo, cuando oía á los tertulianos del *Sotanillo* debatir aquel tema, sacaba de la discusión un gusto amargo, pero deleitoso. Al principio, cuando comenzó á oír hablar de aquella extraña filosofía, parecióle ver en ella burbujeo de paradojas; después, penetrando el sentido, parecióle que eran las mismas ideas conocidas, vulgares, presentadas del revés como prenda de vestir vista por el forro. Pero halló al mismo tiempo una misteriosa armonía entre su espíritu y el desarrollo de aquellas ideas; sin duda en ellas hallaría él molde adecuado. Puso atento oído: sostenían la filosófica cháchara el grupo de los literatos, entre ellos Horrillo y Elorrieta. Había uno, de rostro enrojado, de pómulos brillantes, con barba espesa, recia, hirsuta, con ancha cabezota de pelo duro y erizado y con ojillos muy redondos, muy tiernos, casi lagrimeantes, que sin atenuaciones tomaba partido por Nietzsche.

—Sí, el inmoralismo es cosa vieja; convengo en que es muy vieja la base de la teoría. ¿Pero quién se atrevió antes á sacar sus valerosas consecuencias? Nadie. Sólo él tuvo el valor necesario para proclamar como grandes virtudes el orgullo, la soberbia; virtudes del fuerte, del dominador, del tirano.

—Si eso, de antiguo que era—exclamó Elorrieta,—estaba ya olvidado, arrumbado en un rincón como trasto viejo, inservible para los usos de la vida. Derribar una moral que llaman caduca para poner en su puesto otra moral que ostenta el título de más vigorosa. ¿Quién ha dicho que sea mejor por ser más fuerte? ¡Declarar virtud la fuerza! Donoso trabajo: desacreditar unas virtudes cardinales para proclamar el imperio de otras. Total: cambiar los rótulos. Grandes charlatanes que á la puerta de su tendajo gritan desgañitándose: «Pasen, señores, aquí verán ustedes la nueva y maravillosa colección de virtudes cazadas por mí mismo en el

centro de las grandes y solitarias estepas filosóficas. Pasen, señores; es la hora de la comida; verán ustedes estas virtudes, las más fuertes, las más vigorosas, las más devoradoras, alimentándose de carne cruda. Mi colección es única; pasen, señores.»

—Si lo tomáis de esa manera, habré de callarme.

—Bueno—dijo Horrillo,—pues lo tomaremos por el lado de la libertad. Precisamente mi artículo de mañana ha de versar sobre esto: *Nietzsche como último miliciano nacional*. Digo y sostengo y pruebo que los liberales son tiranuelos sin poder de tiranía; piden la libertad mientras no tienen poderío; dadles el poderío y los veréis tiranos. ¿Qué es esto? Otra farsa. ¿Vale la pena? Farsa por farsa, me quedo con la antigua, que al fin y al cabo tiene la imponderable ventaja de estar ya desacreditada y no tenemos que tomarnos este cansado trabajo de desacreditarla.

—Sois hipócritas misonéistas—dijo el de las mejillas lucientes y ojos lacrimosos.

—Bueno—clamó Elorrieta,—contando á Platón, al divino Platón entre los nuestros.

—¿Platón?—preguntó uno.

—¿Qué culpa tengo yo—dijo Elorrieta—de hablar con vosotros?

Y sacó del bolsillo una roñosa carga de resobados papelotes. Desdobló unas cuartillas.

—¿Acaso leisteis alguna vez el *Gorgias*? Pues veréis cómo Platón nos presenta un Sr. Calicles que es todo un señor nietzschano. Si no queréis verlo, me guardo las cuartillas.

Y á punto estuvo de volver á embolsarlas; pero de todos los lados de la mesa salieron gritos pidiendo que se leyeran, y Elorrieta, con su voz meliflua, leyó de aquí y de allá unas cuantas líneas.

—«Las leyes, como son obra de los más débiles y del mayor número, no han tenido en cuenta al formarlas más que á sí mismos y á sus intereses, y no aprueban ni condenan nada sino con esta única mira. Para atemorizar á los fuertes que podrían hacerse más é impedir á los otros que llegaran á serlo, dicen que es cosa fea é injusta tener alguna ventaja sobre los demás y que trabajar por llegar á ser más poderoso es hacerse culpable de injus-

ticia. Porque, siendo los más más débiles, creo que se tienen por muy dichosos si todos están por un rasero. Pero la naturaleza demuestra, á mi juicio, que es justo que el que vale más tenga más que otro que vale menos, y el más fuerte más que el más débil. Ella hace ver que esto es lo que sucede, así respecto de los animales como de los hombres mismos.»

Paróse aquí un momento; la menguada y grisienta luz que penetraba por el ventanón enrejado no consentía fácilmente la lectura. Pero Elorrieta halló en unas cuartillas más adelante algo que no quiso guardarse, sin leerlas, en el bolsillo. Y así volvió á leer con voz dulzona:

—«Nosotros escogemos, cuando son jóvenes, los mejores y más fuertes; los formamos y los domesticamos como á leoncillos, valiéndonos de discursos llenos de encanto y fascinación, para hacerles entender que es preciso atenerse á la igualdad y que en ello consiste lo bello y lo justo. Pero yo me figuro que si apareciese un hombre dotado de grandes cualidades, que sacudiendo y rompiendo todas estas trabas, encontrase el medio de desembarazarse de ellas, que echando por tierra vuestros escritos, vuestras fascinaciones y vuestras leyes, contrarios todos á la naturaleza, aspirase á elevarse por cima de todos, convirtiéndose de vuestro esclavo en vuestro dueño, entonces se vería brillar la justicia tal como la ha instituído la naturaleza...» ¿Veis aquí al superhombre? —exclamó el lector, con aire de triunfo.

Oyéndole, Aliaga sentía un estremecimiento de placer. Aquellos conceptos penetraban con suavidad en su mente y acomodábanse en ella como en casa propia; hasta llegó á pensar que eran conceptos suyos, que volvían á refugiarse en su cerebro como aves que vuelven á su nidal. De tal manera se acordaban con sus pensamientos y hermanado con ellos los acogía familiarmente. Oía sin pestañear; hubiese deseado que Elorrieta continuara la lectura que le daba fuerza, sancionando con ínfulas de ciencia los arriscados juicios de las cosas y de los hombres que él formó desde niño sin atreverse nunca á darles forma por miedo pueril de una perversidad que creía inhumana.

Y entonces, sin saber por qué extraña asociación de ideas, pensó en su madre. Sorbióse de un trago la copa de kumel, llamó al camarero y le pidió otra. Oía el gárrulo palabreo de sus camaradas; la conversación se había roto prontamente en varias conversaciones de pequeños grupos. Los pintores hablaban maldiciendo de la exposición, del jurado, de los premios; un grupo de literatos hablaba también de pintura. Sólo tres ó cuatro seguían hablando de la moral y del immoralismo. Aliaga oía frases sueltas, ideas fragmentarias de unos y otros, sin seguir ninguna de aquellas menudas tertulias; mostrábase por igual desinteresado de todas, pero inconscientemente oía más que á otros á los del grupo immoralista; sus palabras eran las que más se le pegaban al oído, como suele ocurrirnos con música frívolamente amena. Ni las palabras, ni las ideas que á su alrededor palpitaban, hacían otra cosa que rozar su pensamiento sin penetrar en él, lleno como estaba en aquellos instantes de recuerdos caóticos y amontonados. Aliaga mismo esforzábese en comprender por qué misterioso fenómeno psicológico se había despertado en su mente aquel tropel de recuerdos. ¿Qué sutiles y cabalísticas concatenaciones existirían entre unas cuantas ideas que él tuvo siempre por absurdos y su vida de hombre insensible á las violentas pasiones ó á los grandes afectos?

Con el humo de los cigarros, con el vaho del café y de la comida, la pequeña estancia era una cámara de humo. La claridad siempre escasa, á través de la atmósfera cargada y densa, era más escasa todavía; un claror mortecino, como de lento, inacabable crepúsculo en día nublado.

Aliaga veía delante, con precisión de líneas, la figura severa, casi majestuosa, rígida, enhiesta, de su madre. Sí, era ella misma vista con esa nitidez y claridad á que llega á veces el recuerdo, superando en poder á la visión verdadera, porque entonces, además de ver color y líneas, además de la materia, vemos reconditeces del alma. La visión del recuerdo nunca es seca visión corpórea; tiene algo de la visión del artista, que sintetiza los rasgos, los caracteres y ve la síntesis, la esencia.

Así veía Aliaga á su madre: esclarecida por clarores indefinidos, por una luz resplandeciente en aquel cuarto humoso y lóbrego, en la absurda compañía de camaradas procaces y maldicientes. Y él estaba seguro de que no la idealizaba; no era que sublimase una visión filial candorosa y tierna. ¿Cómo podía ser esto si él muchas veces sintió la tortura de no amar intensamente á ningún ser, á ninguno en este mundo; si él mismo comprendía que aquel amor filial estaba atemperado y como tenido á raya por el poder de su temperamento? Veíala como figura de perfil exquisito, de elegancia mundana, y al mismo tiempo la perfilaba un nimbo de inquietud dolorosa, de sufrimiento acerbo que la elevaba á sus ojos por encima del nivel humano. Allí estaba: lo que de otra mujer se diría flacura, en ella se decía esbeltez airosa; lo que en otra pasaría por demacración del rostro, en su madre era poética huella de un pasado doloroso. Vestía de negro, con tal simpleza que al pronto creyérasela vestida de hábito. Pero no, señor, no era tal, ó de ser, no era hábito religioso de los que antes de usarse se rociaban con agua bendita, sino hábito mundano de los que se rociaban con agua perfumada. Era viejo, eso sí, estaba raído y descolorido por el uso, pero al fin y al cabo era rico y sedoso terciopelo que caía sobre su cuerpo con el gracioso desgaire de los costosos paños cuando envejecen. Y, á pesar de ser negro, tomaba aquella vestidura irisaciones suavemente azuladas, de un azul misterioso y profundo. Y con los cabellos, recogidos con esmero prolijo en dos bandas, sucediale á su madre lo que con el terciopelo: eran de un negror profundo, tan profundo que azuleaban misteriosos. Ni un hilo blanco en aquella cabeza de líneas firmes y bien curvadas. Su madre no llevaba joyas: ni un dije, ni una sortija, ni pendientes en sus orejas pequeñas, finas, ni un brazalete en la muñeca de redondeada torneadura. Sólo una cadena de oro muy oscuro caía desde la garganta escondiéndose en el pecho y destacando mate, discreta, sobre el aterciopelado vestido. Pero, sobre todo, Esteban vió el rostro de su madre de líneas enérgicas, que podrían parecer duras si no las suavizara el desdibujo de un prematuro avejentamiento. Tenía la piel emblanquecida más que blanca, sin que

se adivinase el surco azul de una vena. Sobre todo en la frente aquella blancura mate adquiría matices lívidos. Los ojos profundos, negros, casi azuleando como la cabellera y aterciopelados como el vestido, miraban de tal modo que imponían respeto, simpatía y el silencio que infunde lo misterioso. Si no fuera por lo altivos, serían hondamente simpáticos aquellos ojos. Tenían sus miradas á la vez encanto y tormento; era una mirada que parecía brotar de lo más profundo de un alma doliente.

Esteban no pudo menos de recrearse en aquella visión, y mirándola exclamó para sí, casi entre dientes: «¡Qué hermosa es mi madre!» Y su vista empapóse en ella, empapóse con ansia en el recuerdo que se la evocaba con realidad fiel y precisa, pero tal como él nunca la había visto porque jamás se había parado á verla con ojos del alma. ¿Cómo era que nunca había acariciado aquellas bandas de pelo brillante, sedoso, negro, que parecían estar ansioso caricias de manos filiales? Y aquellas manos de su madre, ¿cómo podía ser que él nunca las hubiese cubierto de besos? Ahora las veía blancas, niveas, exangües sobre el terciopelo; eran largas, afilados los dedos, manos que delatan, discretas, alto señorío. «Son bellas estas manos—pensó Aliaga,—que desnudas de todo anillaje y pedregosa joyería, evocan ranciedad de alcurnia. Manos así, hay pocas—siguió diciéndose á sí mismo;—¡cuánto más señoriles y aristocráticas que las de carnosos dedos exornados por relumbrantes sortijas!»

Ya Aliaga no oía ni palabras sueltas, ni fragmentos de las charlas juveniles; embebecido en los recuerdos y en las radiantes visiones, olvidóse del lugar, olvidóse de todos, y de todos olvidado, pensó en su casa, en la casa de hoy que él conocía y en otra casa que él no había conocido porque la habitó en edad en que aún el ver las cosas, no es conocerlas. Entran por los ojos, pero nada dicen ni significan hasta que, andando los años, resurgen con fuerza poderosa, unas veces amables, otras veces atormentadoras. ¡Su casa!.. Entrábase en ella atravesando un patio angosto en el que había un brocal de un pozo ya seco, abandonado; cuatro acacias de nudosos troncos y de estirado ramaje

daban en el estío una sombra tan escasa como inútil. En el fondo del patio abríase un portalón cochero en donde yacían arrumbados, desvencijados y cubiertos de polvo, tres ó cuatro coches que en un tiempo habrían sido lujosos, y ahora inválidos sin ruedas, con los ejes rotos y las capotas en jirones harapientos. A un lado de aquel zaguán, cuya anchura hacía más descarado su destartalo, arrancaba la escalera angosta, de peldaños altos y huellas estrechas. Más que subir había de treparse por ella. Y en el primer tramo estaba su puerta. Era una puerta grande, recia, con un ventanillo enrejado en cruz. Y dentro la casa también grande, altos los techos, friamente desnudas las paredes, con amplio corredor, con anchas estancias, con rojos pavimentos de viejo ladrillo. Era su casa como pedazo de un convento. En muchos de sus cuartos no había ni un mueble; en otros habíalos, pero inconexos, desperdigados y escasos: en el comedor, por ejemplo, veíase un estrado de respaldar alto que parecía arrancado del coro de una iglesia y que había sido en otros tiempos banco de antesala. Pero en cambio no había allí aparador, ni trincherero, ni cosa que se les semejara, si no era tal una mesa perniquebrada y rota, digna compañera de unas cuantas sillas severamente arriadas á la pared, de la que nunca era prudente desprenderlas porque sólo á su arrimo podían tenerse con dignidad y derecha. Y en el centro una mesa de sólido tablero, cuadrada, amplia y lustrosa como dispuesta á servir para opíparos banquetes. Y en otra parte, después de atravesar estancias desprovistas de todo mobiliario, dábase con la sala ó salón de honor si á las dimensiones atendemos: un inmenso recuadro con dos grandes ventanas que caían á un patio grande, pavimentado de guijarros puntiagudos y en cuyo centro había un abrevadero donde bebían con frecuencia recuas.

—¡Qué caserón tan extraño!—pensó Esteban al recordar en el *Sotanillo* todos estos detalles. Y aquel mueblaje de la sala, aquella sillería, aquella talla honda, prolija, atormentadora, que sin duda en otro tiempo brilló con tonos de oro y ahora está como carne de viejo, por unas partes rojeada y por otras ennegrecida.

Es triste ver aquellas piezas de barroca ebanistería en aquel cuartón de paredes desnudas, de polvoroso ladrillo; parece que nos hablan con nostalgia de grandes y adamascados salones. Mi madre ¿por qué se niega á salir de aquella casona fea, fría, destartada? Ella y yo ¿para qué necesitamos aquellas amplitudes conventuales, si hay en el Madrid de hoy casas pequeñas, soleadas, limpias y sobre todo baratas, muy baratas? ¿Por qué no ha de convencerse? ¿Es decoroso vivir en aquel sitio, atravesando aquel patio, entre otros patios sucios, en medio de hediondas viviendas? ¿Cómo mi madre..., ella..., ella, puede con esto? ¿Cómo pudo avezarse á ello? Yo tengo una idea, un recuerdo... Es cosa tan lejana que me parece de otro mundo, de otra vida; pero sea de la que sea, yo recuerdo la otra casa... ¡La otra! También debía ser portada cochera, porque de tan grande, el portal me daba miedo. Y las habitaciones también eran grandes; ahora recuerdo el armario ropero de mi madre, aquel largo guardarropa en donde pendían, de perchas colgantes, sus galas, con mucho orden y clasificación muy rigurosa; sería más largo que de aquí á la calle. Yo me acuerdo que era muy largo y que iba con Serafina, la graciosa camarera, á buscar los vestidos de mi madre; aquel ropero largo me atraía y me daba miedo. Era un miedo invencible y una atracción no menos invencible. Mientras la doncella de mi madre colgaba y descolgaba prendas, yo me escabullía entre la fronda de telas, recorriendo á lo largo el armario obscuro. ¡Qué miedo, pero al mismo tiempo qué gusto sentir en la cara el roce perfumado de sedas, de terciopelos, de blondas! Eran caricias y yo también acariciaba pasando y repasando las manos, sobando y resobando aquellas suaves telas. Unas, al sentirse rozadas, exhalaban leves rumores como granel de besos: eran los rasos estremecedores. Otras, al sentirse acariciadas, permanecían impasibles, mudas; eran los terciopelos. Avanzaba medrosamente á lo largo del ropero; y en cada avance iba oliendo aroma distinto, como en los jardines: aquí huele á rosas, aquí huele á violetas. Y aquellos olores tenían suavidades tan encantadoras que eran beleño para mis miedos, y, embriagado de aromas, seguía adelante

hasta que de pronto un crujido inesperado, un rumor imprevisto, ó la voz de Serafina llamándome desde la otra parte del ropero, me volvían á la realidad y con la realidad al pavor horrible; volvía en carrera vertiginosa, y las blondas, las sedas, los terciopelos me azotaban el rostro, y á mi paso oía risitas burlonas; sin duda los rasos que veían mi miedo. Luego Serafina y yo íbamos á revolver la arquilla de las joyas... ¡Aquel hilo de perlas que un día se me soltó y cayeron esparramadas por el suelo! Hasta cuatro días después no pareció la última perla. Tengo una vaga idea que aún fueron más mis lágrimas. Aquella sarta ¿dónde habrá caído? ¡Lástima de perlas! ¡Y lástima de lágrimas! El caso es que yo entonces lloré de verdad, llanto ridículo de sentimiento; no fué porque mi madre me riñera; no por cierto. Lloré platónicamente al ver las perlas corriendo por el suelo. Mi madre me reñía, mi madre me pegaba por muchas cosas; me pegaba con un palito, me azotaba duro, fuerte, pero sin incomodarse nunca. Pues el día, es decir, la noche de las perlas, nada, nada; mi madre como si tal cosa. Se limitó á decir á Serafina: «Tráeme el *collar regente*.» Y luego, volviéndose hacia el rincón en donde yo gimoteaba: «Calla, calla, que estoy nerviosa.» No, no estaba nerviosa, yo creo que no lo estaba; estaría, como siempre, serena, profundamente serena. Aquellas noches..., sí ahora es cuando lo veo, cuando veo salir á mi madre como una reina. Un ratito después oía en el portal ruido sordo como de un trueno ó como rápido estremecimiento subterráneo: era el coche saliendo del portal. Una inglesota muy seria me llevaba á la cama.

Lo que no pudo recordar Esteban por más que sondeó y buscó en su memoria, metiéndose con la voluntad hasta los más recónditos escondes de ella, fué la mudanza de una casa á otra. Aquel traslado era un cabo suelto; el hilo de las remembranzas al llegar á aquel punto se rompía como el hilo de perlas; los recuerdos se desparramaban y algunos quedaron perdidos para siempre. Sólo una borrosa y caótica noción tenía de que aquel suceso, sin duda terrible, violento; debió ocurrir á la vuelta de un viaje, de uno de aquellos largos viajes que hacían con su padre por tierras extran-

teras. Él creía recordar que al volver una vez, en lugar de ir á una casa, fueron á otra. Pero este no era un recuerdo al que él pudiera dar asentimiento de rigor histórico; ni lo era tampoco la circunstancia de si á la nueva y escondida morada habían ido ellos solos ó había ido también su padre. No le era posible precisar la ocasión ni el tiempo en que había dejado de ver á su padre, del cual tenía siempre la gallarda imagen de un arrogante caballero muy hermoso, muy plantado, que le sobaba á mimos y que casi todos los días le llevaba un juguete nuevo.

Esteban sintió un leve, un fugaz estremecimiento. Apuró la última gota del licor que en la copa quedaba; la apuró con ansia echando atrás la cabeza.

—¿Qué será de él?..—se dijo á sí mismo. Y luego su pensamiento se cernió torvo alrededor de esta idea. Hubiera querido volar lejos de ella, apartarse con fuerte aletazo de aquel recuerdo; pero había algo de deleite fascinador y atrayente que le forzaba á revolver en su torno.—¿Qué será de él? ¿Vivirá aún en América? ¿Habrá vuelto á Europa? ¿Tal vez..., tal vez á España? ¡Ay! A España no, no; hubiera venido á verme; me hubiera buscado. Yo no le odio, yo no le aborrezco como mi madre. Si le viera..., si yo le viera..., por viejo que estuviese, por decrepito, por encorvado, por enfermo... ¡Si yo le viera! Le conocería y eso que casi no le vi nunca, casi nunca; y eso que mi madre no ha conservado ni en las paredes, ni en las mesas, ni en su cuarto un solo retrato. Todos los arrancó. Todos... Le arrancó de los muros como de su memoria. Aquel marco vacío que hace pareja con su retrato, colgado encima del estrado del salón, sin duda contenía su retrato. Ella no quiere decírmelo, se niega obstinada y terca á confesármelo; pero era, era. A la derecha, doña Leonor de Urbina; á la izquierda, á su lado, don Esteban Alberto Aliaga.